II. *La coacción personal de la costumbre*

Tiene por objeto el comportamiento, la aparición personal, la conducta social, las formas de la vida social. Con ella tocamos aquella esfera de la costumbre en la que despliega su mayor eficiencia, y donde se eleva, según nuestra opinión, ciertamente tan sólo por vías laboriosas y largas, a la categoría de una tercera institución social, junto o más bien detrás del derecho y la moral. Todo lo que la costumbre prescribe en esta dirección, se aparta de los preceptos de la moral de la manera más aguda, no es lo bueno social en sí lo que realiza la costumbre, y no es lo malo en sí lo que prohíbe, sino que trabaja en favor de lo bueno en tanto que le allana el sendero contra lo malo, en tanto que le pone obstáculos en el camino. Por eso es considerado a menudo como algo indiferente, puramente externo, que no roza el valor interior del hombre, como es verdad que una cáscara tosca puede encerrar una noble semilla, y una cáscara lisa una semilla mala, aunque, como veremos en su tiempo, cáscara y semilla están entre sí en asociación más íntima de lo que se admite comúnmente. Pero por exteriores que puedan aparecer también los imperativos de la costumbre en comparación con los de la moral, tienen sin embargo su buen sentido, se comportan con los últi-

mos como los de la policía con los del derecho, — *la costumbre es la policía al servicio de la moral.*

El ensayo de posesionarnos de esta parte de la costumbre por el establecimiento de categorías exhaustivas, se podía ejecutar primeramente de modo que pusiésemos por base la vida en todas sus múltiples formas y situaciones típicas, desde el nacimiento hasta la muerte, y designásemos en todas partes el punto en que interviene la costumbre. Esta clasificación que quisiera llamar biológica de la costumbre, que en los etnógrafos es la usual y para ellos enteramente acertada, no carecería de interés si nos ofreciese la convicción de que la costumbre nos acompaña en cada paso. Para mis fines no es factible, no sólo porque es demasiado extensa, sino también porque es demasiado externa.

El principio natural de clasificación en todas las cosas prácticas es el fin, y si queremos convencernos sobre la medida en que la costumbre sirve a los fines de la sociedad, el camino dado para ello es la enumeración de los diversos fines y la comprobación de cómo los favorece la costumbre. Pero sería sólo a condición de que los fines aislados llegasen pura y simplemente a su efecto en las diversas formas de la costumbre. Pero esto no es de ninguna manera el caso. Las mismas se cruzan, se mezclan, se asocian con otras en uno y el mismo punto, y el ensayo de una disolución de aquella parte que corresponde al fin individual determinado, descompondría la unidad de las formaciones naturales de la costumbre, llevaría a un desmenuzamiento como nosotros, al contrario, tuvimos que reunir de los más diversos rincones lo que la costumbre ha hecho en favor de un determinado fin. Tomo por ejemplo el fin de la seguridad de la castidad femenina. Por primera vez hemos tropezado con ella en el imperativo antes discutido de la costumbre refinada; por segunda vez la encontraremos más abajo en la indumentaria femenina; por tercera vez en las formas de trato (categoría de lo sexualmente repulsivo).

He emprendido para mí el ensayo de utilizar el punto de vista del sujeto del fin para la costumbre (tomo I, pág. 331), pero también he quedado sin respuesta. El

único botín que ha arrojado consiste en la comprobación de una diversidad que para el fin presente no tiene valor, pero que, sin embargo, comunico porque beneficia la concepción de la función social de la costumbre. Las limitaciones que impone la costumbre pueden tener por objeto el propio bien y lo bueno de aquel a quien afectan (*); por ejemplo menciono las antes señaladas en relación con las muchachas y mujeres de las clases superiores y las fiestas dominicales. Se les podría designar como axiomas útiles a sí misma o tutelares de la costumbre. Frente a ellos están aquellos que persiguen el interés de terceras personas, por ejemplo las leyes del decoro y de la cortesía; se podría utilizar para ellas el nombre de útiles a extraños. Finalmente hay una tercera clase que persigue igualmente el interés propio y el ajeno, como por ejemplo la indumentaria (n. 8). Se tiene el mismo contraste que en la esfera del derecho. De las limitaciones que impone el derecho, algunas tienen en vista el propio interés de los sujetos de ellas (por ejemplo el *S. C. Vellejanum*, que declara nula la garantía de la habitación de las mujeres por el último, otras las de tercera persona (por ejemplo la prohibición dirigida al hombre de la enajenación en lo relativo a la finca dotal en interés de la mujer), una tercera especie, finalmente, el interés de ambas partes (por ejemplo el *SC. Macedonianum*, que declara sin validez el préstamo de dinero del hijo de la casa, en interés del hijo y del padre). Que en todos estos imperativos de la sociedad está en segundo plano como sujeto último, final del fin, no afecta la posibilidad de buscar en ellos lo próximo y lo mediano, y tampoco deja surgir la objeción que la observancia de los mandamientos de la costumbre por sí mismos, se apoya en la confusión del motivo con el fin. El motivo por qué observo las reglas del decoro, puedo tomarlo de la consideración de mí mismo; el fin por el cual son establecidas, está en la consideración de aquellas personas con las que trato.

(*) Que en ello queda postergado el interés de la sociedad, ha sido advertido antes.

Pero si luego tampoco la exactitud de esa división se puede censurar, como principio supremo de clasificación para la sistemática de la costumbre carece de todo valor. En esta situación he juzgado lo más acertado renunciar enteramente a una clasificación teórica, que, cualquiera que fuese, siempre daría la impresión de algo desgarrado. He tomado más bien otro camino, en el que la consideración de la evidencia y el redondeamiento interior de la exposición ha sido la decisiva. Presentaré dos trozos de esta parte de la costumbre en su entera amplitud y anchura como objeto de una descripción detenida y un examen: la indumentaria y las formas de trato, a las que se agregará todavía la coacción de la hospitalidad relegada a un tratamiento posterior. En estos tres trozos debe resistir su prueba mi teoría de la función social de la costumbre. Pero antes pienso corresponder todavía al interés de la totalidad del resumen sobre la costumbre por el hecho que presento un contraste de la costumbre que se puede calificar en la relación formal como el motivo más alto de la división, y que debe ofrecernos la ocasión de lograr, aparte de la visión total del dominio de la validez de la costumbre, todavía la visión de un trozo muy particular de la misma, que de otro modo nos escaparía.